

EL CERCO

1

Una mañana –no tiene demasiada importancia, pero es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete– un joven corre junto a su perro por una calle silenciosa en un barrio residencial al sur de la ciudad alemana de Hanau cuando algo sucede, el perro se adelanta o se retrasa o sale a la búsqueda de algo que ha llamado su atención y es arrollado por un coche. Al ser golpeado en el costado por el parachoques, el borde inferior de éste, que es particularmente agudo, abre un tajo en el vientre del animal y queda manchado de rojo; a continuación, el resto del cuerpo es engullido bajo el coche, que se detiene unos metros más adelante, cuando ya es tarde. Al acercarse, el dueño del perro comprueba que el animal ha quedado destrozado y estima rápidamente que sus posibilidades de salvación son iguales a cero; sin embargo, el animal aún jadea débilmente y lo mira desde el suelo con unos ojos desorbitados mientras intenta ponerse de pie. Naturalmente, esto no es posible porque su cuerpo ha sido cortado por el medio, y el dueño del perro se arrodilla junto a él y comienza a acariciarlo y a susurrarle palabras tranquilizadoras mientras las lágrimas caen por su rostro. El animal deja de respirar un instante después y, al intentar recoger su cadáver, el joven observa que sus intestinos están llenos de larvas de la araña argiopea; como el joven estudia veterinaria, reconoce de inmediato la variedad de las larvas y recuerda dos cosas que ha escuchado reciente-

mente en una clase: la primera es que las hembras de esa especie imitan el acto sexual entre ellas para animar a los machos a practicarlo, y la segunda, que estos, tras consumir el acto, sueltan su órgano sexual cargado de espermatozoides en el interior de la hembra y tratan de escapar pero a menudo son alcanzados y devorados por ella.

2

Un instante antes —repetimos que es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete, aunque esto no tiene ninguna importancia—, al darse cuenta de que había arrollado al perro, la mujer que conducía el coche se ha detenido en el medio de la calle, ha salido del vehículo y se ha llevado una mano a la boca para ahogar un grito. Después se ha quedado de pie junto al coche, asistiendo al llanto del joven ante el perro destrozado con un silencio que espera que éste considere una manifestación de pesadumbre y arrepentimiento respetuosa de su dolor pero que no es más que el producto de que no se le ocurre nada que decir. Al llevarse una mano a la mejilla, la mujer comprueba que ella también está llorando. En el interior del coche hay una bolsa de papel con el nombre de una tienda impreso en su exterior; dentro de la bolsa hay un conjunto de ropa interior color rojo compuesto de sostén, ligero, medias y unas bragas minúsculas de encaje y un vibrador plateado metido dentro de una caja pequeña. Naturalmente, en ese momento la mujer no piensa en absoluto en esas cosas, pero tiene una impresión general de que todo ha ido mal y que todo va mal desde hace tiempo y ella esperaba que comenzara a ir mejor y para eso había salido esa mañana a comprar esas cosas, con la expectativa de que esas cosas sirvieran para que su marido, con el que hace meses que no hace el amor, volviera a interesarse por ella.

3

Unos kilómetros al norte de donde la mujer y el perro destrozado y su dueño se encuentran —todavía es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete—, el marido de la mujer está sentado frente a un médico que acaba de decirle que tiene cáncer de próstata. El hombre piensa que debería interesarse por sus posibilidades de curación, por los métodos empleados en este tipo de casos y por sus costes, pero, al abrir la boca, que tiene seca y que piensa que le huele mal, lo único que se le ocurre es pedir un vaso de agua.

4

Frente a él, el médico se levanta de su silla y abandona su consulta para ir a por un vaso de agua; al hacerlo, pasa frente a la consulta de una colega. El médico echa una mirada de resignación a la pequeña placa que pone su nombre en la puerta y piensa en ella y en su perfume y después deletrea su nombre. Ambos son amantes desde hace un par de años, aunque los dos están casados y procuran que su relación no interfiera con sus vidas. Ayer —era marzo, era viernes, era el año 2010, era el día veintiséis, sin que nada de esto importe mucho— la mujer del médico estaba echando la ropa en la lavadora cuando, de uno de los bolsillos de los pantalones de su marido, se deslizó un condón sin usar. Allí acabó el secreto en el que el médico había mantenido su relación con la amante. No por la existencia del condón, que nada probaba, sino por el hecho de que él sabe y su mujer sabe que él se sometió a una vasectomía hace ocho años. Ahora sus cosas están en una caja en la parte trasera de su automóvil, que espera en el aparcamiento de la clínica que a él se le ocurra adónde ir.

5

En ese mismo momento —es marzo, es sábado, es el año 2010, aún es el día veintisiete—, la mujer del médico se encuentra en el supermercado haciendo la compra. Empuja un carro frente a sí y arroja dentro los productos que coge de los expositores con aire distraído. ¿Qué compra? Un kilo de arroz, dos paquetes de jamón de pavo ahumado, dos botellas de aceite, un paquete de pasta de la marca Palle, dos tarros de pepinillos en conserva, una docena de huevos de producción ecológica, tres bolsas de pan precocido congelado, dos cartones de zumo de manzana y uno de una mezcla de zumo de plátano y de cereza, tres pizzas congeladas de jamón de York y piña —que es la única combinación de sabores que a ella le gusta—, miel, un kilo de tomates, una col lombarda, unos filetes de cerdo empanados, una caja de puré de patatas deshidratado, una bolsa de medio kilo de coles de Bruselas congeladas, un kilo de zanahorias. Al dirigirse a la caja para pagar se detiene un momento frente a la sección de revistas, que se encuentra junto a la floristería, y ve una revista de decoración que suele comprar habitualmente; cuando va a cogerla observa que en la portada aparecen dos ancianos que sonríen el uno junto al otro y ella se reconoce en la anciana y reconoce a su marido en el anciano —aunque ambos son relativamente jóvenes aún— pero también se da cuenta por primera vez desde que sucediera el incidente del condón que ya no envejecerán juntos, y entonces rompe a llorar.

6

La cajera del supermercado se sopla un mechón de cabello que le cae sobre el rostro y pasa por la máquina registradora un paquete de queso de oveja, que produce en la máquina un pitido, de la misma forma en que producen un pitido en ella la carne, los huevos de producción ecológica, los que no son ecológicos, los paquetes de cerveza, las revistas cristianas y

las pornográficas; todo reducido a un pitido que a la cajera le da vueltas en la cabeza las noches que tiene insomnio. Mira un instante la pantalla de la máquina registradora y está a punto de decir en voz alta el importe cuando ve que la siguiente clienta en la fila se pone a llorar al contemplar una revista de decoración. Entonces el queso de oveja se le cae de las manos. Naturalmente, es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete.

7

Es marzo, es sábado, es el año 2010, aún es el día veintisiete pero la primavera ya ha llegado. A algunos kilómetros del supermercado, un pastor se recuesta contra el tronco de un árbol para disfrutar de los primeros rayos de sol del año y se queda dormido.

8

Una vez más, es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete. A algunos kilómetros sobre la cabeza del pastor dormido vuela un avión de pasajeros. En el avión hay una mujer que se asoma a la ventanilla y observa allí abajo las ovejas y piensa que, si el pastor no despierta, muy pronto las ovejas se esparcirán y deambularán perdidas por las montañas y serán pasto de los lobos. Ella desearía hacer una seña o soltar un grito y despertar así al pastor, pero sabe que éste no la escucha ni la ve. La mujer es escritora. A muchos kilómetros de allí, el dueño del perro atropellado lleva un libro suyo en la mochila junto a un botellín de agua y un par de manzanas que pensaba comer en el parque después de trotar. La mujer del coche ha visto la tarde anterior un libro suyo en un escaparate y ha estado a punto de comprarlo, aunque no lo ha hecho. En diferentes momentos de sus vidas, la escritora ha sido leída por la

médica que es amante del hombre de la vasectomía y por la chica del supermercado y, en general, ambas han disfrutado de sus libros y podrían recomendarlos. Sin embargo, hace tiempo que la escritora no escribe; hay algo inaprensible que duele y le impide escribir; tras haberlo intentado muchas veces, la escritora ha renunciado, y dejaría con mucho gusto de pensar en ella como en una escritora si no fuera porque son otros los que le recuerdan periódicamente que lo es. Al verlas desde el avión, la escritora piensa en las ovejas perdidas por la montaña y se dice que, definitivamente, el pastor las ha abandonado, a las ovejas y a ella, y se dice que, de poder hacerlo, ella misma reuniría a las ovejas e impediría que se perdieran. Entonces piensa que, si la Biblia tiene razón y Dios es principalmente una cierta clase de escritor, entonces es uno indiferente a lo que sucede con sus personajes, a los que deja perderse y sufrir y morir siendo incomprendidos, y, una vez más, piensa que, de ser Dios un escritor justo, crearía un cerco de palabras para que sus personajes no se dispersaran y se perdieran, y que ese cerco de palabras sería el mundo pero también sería el relato, y, en él, los personajes no se perderían como las ovejas y vivirían, de algún modo, para siempre. Entonces, la escritora, que no es muy buena, que no lo ha sido nunca, que apenas consigue satisfacer a los lectores que buscan distracción en sus libros pero no verdad y sentido, por primera y quizá por última vez en su vida, comprende.

9

A algunos metros de ella, encerrado en uno de los baños del avión, hay un anciano. El anciano ha reunido furtivamente los salvavidas que ha encontrado debajo de los asientos vacíos y se ha encerrado con ellos en el baño y los está inflando. Cuando acaba de inflarlos se los pone en los brazos y en las piernas y, cuando ya no puede ponerse más, simplemente los infla y los deja caer al suelo y después se los echa encima. El anciano está

convencido de que el avión se vendrá abajo en cualquier momento y de que de esa forma él saldrá ileso del accidente. Aún es marzo, es sábado, es el año 2010, es el día veintisiete, pero eso no tiene ninguna importancia.

UN JODIDO DÍA PERFECTO SOBRE LA TIERRA

Una mañana estás estudiando los movimientos de tu calle o contemplando la punta de tu pie o preparándote un café o haciendo cualquier otra de las cosas que los escritores y los críticos hacen —y que provocan perplejidad en tu portero y un respeto incómodo en los directores de las instituciones culturales para las que trabajas, casi todas religiosas, que te hablan habitualmente de «la literatura» y de «la sociedad» y de «el arte» como si se pudieran pronunciar en mayúsculas— cuando suena el timbre. Abres la puerta y te encuentras frente a dos cajas grandes, un recibo que tienes que firmar y un tío sudoroso que te odia y no hace nada para disimularlo. Tú firmas y el tío te dice que tienes que firmar de manera que pueda leerse tu nombre y tú le respondes que tu nombre se puede leer y el tío mira un momento el papel y te dice que él no puede; vuelves a firmar y el tío mira otra vez la firma y dice que sigue sin leer tu nombre allí y tú le explicas que en eso consiste una firma, pero el tipo te hace firmar por tercera vez y tú escribes tu nombre con caligrafía infantil y el tío les da una patada a las cajas para meterlas dentro de tu piso antes de salir corriendo por el pasillo camino del ascensor; cierras la puerta y miras las cajas un buen rato. Entonces coges unas tijeras y abres una; te demoras un poco, en parte por tu torpeza habitual y en parte porque temes saber qué son esas cajas realmente. Lo primero que ves es una hoja de papel escrita con letra minúscula y un título: «El hada Naturaleza y los amigos del Bosque Caduco en la aventura del Rey Cigüeña contra el diablo Crispín».

No hace frío pero comienzas a temblar, tu cuerpo se estremece y tu cabeza se pregunta cómo los doce originales que prometieron enviarte para el concurso del Ayuntamiento se han convertido en dos cajas. Después ves un túnel negro y al final de ese túnel ves una luz, pero la luz es tan pequeña que parece a cada momento que la oscuridad la engullirá para siempre, y comprendes que el túnel es tu trabajo de jurado en ese concurso y que la luz, esa luz pequeña y ya casi extinguida, es la del final del asunto, el apretón de manos y la medalla para el ganador, el cheque para ti y luego el alcohol y, con un poco de suerte, el olvido. Oh no, piensas, y luego ya no piensas más nada.

Sabes que no es el método más habitual, pero tú lees. Llenas de agua una cafetera, le echas café, haces mucho café, y te sientas a leer, aunque sabes —todos sabemos, te dices a ti mismo— que muchos jurados no leen las obras enviadas; en el mejor de los casos sólo las hojean, pero también recuerdas un caso en el que uno de tus compañeros de jurado —erais cinco— os mandó una carta diciendo más o menos que, como su admiración y respeto intelectual hacia los restantes miembros del jurado eran tan grandes y estaban fundados en tantos excelentes libros de estos miembros —aunque tres de los cinco jurados eran inéditos, que tú supieras—, aceptaba sin condicionamientos la selección que ellos habían hecho entre los ochenta manuscritos y pasaría a leer los cinco que habían seleccionado. Este tío sólo va a leer cinco libros y yo he leído ochenta, y van a pagarnos lo mismo, pensaste tú. Sin embargo, el tío confesó después que «múltiples ocupaciones» le habían impedido incluso leer tres de esos cinco manuscritos, y demostró tener un conocimiento por lo menos precario de los otros dos, lo que no le parecía obstáculo para formar parte del jurado. El tío ese te dio su tarjeta. «Llámame cuando necesites algo, lo que sea», te dijo guiñándote un ojo en la cena tras el fallo y el ganador resultó ser uno de los dos manuscritos que él había leído.

El premio es convocado por un Ayuntamiento y la dotación no es particularmente importante; sin embargo, los originales recibidos son alrededor de doscientos. Tú sorteas los que ya has leído para otros concursos y los apartas por las mismas razones por las que decidiste no premiarlos en certámenes anteriores, excepto uno o dos sobre los que has cambiado de opinión. En España hay muchos concursos, una cantidad incalculable pero que es muy alta y que a ti te da vértigo, y, de la misma manera, hay también una cantidad ininteligible de cuentos dando vueltas, saltando sin fortuna de concurso en concurso como satélites que orbitaran alrededor de un centro invisible que para cada uno de los participantes —que tú puedes imaginar perfectamente, sentados en habitaciones con juguetes de niño y facturas impagadas de la luz y bombonas de butano vacías en el balcón— significa algo diferente: dinero, reconocimiento, una oportunidad para salir del pozo y, tal vez, para algunos, la literatura con mayúsculas; sólo que, por una simple regla geométrica, las órbitas nunca tocan el centro, ni siquiera lo rozan, el centro se ríe de ellas y las sujeta a su alrededor con un poder que surge del ansia y la imposibilidad de alcanzarlo y, así, la literatura —la que está viva, la que surge de la desesperación y la ansiedad pero se eleva sobre sí misma hacia la vocación y el reconocimiento— es el centro alrededor del que giran estos cuentos sin poder tocarlo jamás, condenados a no tener siquiera un poco que ver con la literatura, pero fingiéndolo todas las veces.

Después de un par de horas tienes claro que esta convocatoria no es diferente a la de años anteriores o a la de otros certámenes; por contra, descubres que es exactamente igual, y entiendes que la sorpresa y el misterio —que muchos atribuyen erróneamente a la cuestión literaria— han faltado una vez más a la cita, han sido cerrados por derribo, han quedado atrapados en el metro entre dos estaciones, con un palmo de narices, lo que sea.

El concurso tiene una modalidad infantil y otra para adultos, y la primera reúne las mismas cantidades de ingenuidad y estupidez de todas las otras veces. ¿De qué tratan los cuentos que participan en ella? Una niña va a la playa con sus padres, su madre pierde en el mar su anillo pero la niña se hace amiga de una estrella de mar y la estrella de mar se lo devuelve. Otra niña cruza al otro lado del arcoíris por error, llega a un reino fantástico donde un príncipe de ojos azules la protege de todos los peligros, se enamoran pero el príncipe tiene una piel que se descarnaría en contacto con la luz del sol y ambos deben despedirse para siempre. Una tercera niña va con los otros niños de su colegio de excursión al zoológico, se lo pasan muy bien, y eso: que se lo pasan muy bien. Siempre te sorprende que la única forma de gobierno concebible para un país fantástico sea la monarquía, que hadas y elfos sean los protagonistas invariables de historias que habrían resultado más efectivas si hubieran sido protagonizadas por niños normales y corrientes, que todo relato infantil deba tener alguna clase de moraleja o, por lo menos, dar su opinión sobre algún tema candente—inmigración, a favor, y contaminación, en contra, son los favoritos—; siempre te sorprende que, en ellos, los animales hablen.

Como siempre, también, los relatos más interesantes son los que tienen un fondo patológico, y, tan pronto como notas que pertenecen a esa categoría, los apartas para disfrutar de ellos al final de la jornada, cuando ya no puedes leer una sola historia más sobre una niña que visita un reino fantástico. En esta ocasión, tus destacados son: uno de una pedantería inconcebible que te hace reír ya desde su primera línea, que dice: «Diamante acrisolado, hendido de mil rayos cual lanzas, el sol, astro rey, daba alegremente sus plácemes y colmaba de bendiciones a los habitantes de la mísera y devota aldea»; otro en el que un niño es recogido de la basura por un policía —ahora entiendes qué estaba haciendo la policía el día que desvalijaron tu piso: buscando niños en la basura— y, tras innumerables accidentes y peripecias, encuentra a Jesús, quien le dice: «Reza, Sergio, reza

y visita la iglesia tanto como puedas, pues rezando te acercas a mí y eres bueno»; otro, en el que una madre describe a la princesa de su cuento a sus hijos: «Era rubia, tenía la tez blanca como la nieve en la que destacaba una boca roja y sensual, unos pechos pequeños pero fuertes y unas caderas anchas en las que ella sintió un fuerte ardor al ver pasar galopando al príncipe». Quizá debido a la fascinación por los contrastes, los autores de cuentos infantiles para concursos no descuidan la cuestión sexual y algunos relatos –los que a ti te cortan el aliento y te provocan pesadillas por las noches– tienen un inocultable aliento pedófilo. Uno de ellos: «El diablo metió la mano a través de la raja del árbol y comenzó a tocar a la niña, que se tapó la boca para no gritar: recorrió su cara y luego su pecho y sus piernas, tratando de buscar la forma de sacarla del tronco, y al final llegó al pubis, que estaba húmedo y, a pesar de que la niña aún era pequeña, ya estaba coronado por el vello», etcétera.

La modalidad para adultos no es superior en calidad a la infantil y sus temas no difieren demasiado: en ellos también hay ingenuidad, pedantería y sexo. Uno de los relatos narra la violación de una adolescente en un descampado, contada por la adolescente. Hay relatos fantásticos que podrían haber sido narrados de forma realista; hay plagios a Cesare Pavese, a Franz Kafka, a Guy de Maupassant y a J.R.R. Tolkien que te hacen pensar que, a diferencia de los autores de la modalidad infantil, los de la de adultos al menos aún leen; hay cuentos de amor (al parecer, el de la violación es entendido por su autor o su autora como uno de ellos), hay relatos con títulos como «Una melodía para un sueño olvidado» o «La vida en un giro», hay apócrifos chinos que aprovechan la facilidad con la que «entra» ese tipo de relatos y te hacen pensar que la mayor parte de la literatura china se produce en España, en sitios como San Sebastián de los Reyes, Mataró o Motril; hay un relato en el que su narrador conoce a Jorge Luis Borges y éste lo designa su albacea literario y sucesor y hay otros –muchos– que narran situaciones que muy probablemente hayan sido extraídas de las vidas de sus autores: un episodio de racismo, un

marido que eructa en la mesa y se ha desinteresado definitivamente de su mujer después de que ella perdiera un hijo, una madre despótica que muere y provoca en sus hijos los sentimientos encontrados del alivio y el dolor, la salida traumática de una isla que seguramente es Cuba, el robo de una camiseta en un centro comercial, una sesión de chat que acaba con un episodio de masturbación de la narradora, el regreso a la casa de los padres después de un aborto. En estos últimos hay una diferencia de intensidad que te hace comprender que surgen de la experiencia; también una diferencia en el acercamiento al asunto del relato, que a menudo es transversal y está lleno del temor y de la perplejidad de quien ha vivido algo que no puede entender ni confesarse a sí mismo.

Si pudieras, piensas, les darías el premio a los autores de esos relatos, a todos, para que entrase algo de dignidad y de alegría en su vida y para que buscasen ayuda: un psicólogo, pastillas, lo que fuera. Sin embargo, tú estás allí para evaluar los relatos desde un punto de vista técnico, y, desde ese punto de vista, los relatos están mal, tienen problemas graves de sintaxis o estilísticos —los escritores de relatos para concursos parecen ignorar que la literatura puede y quizá debe sonar como una conversación y no como el monólogo de un William Shakespeare estreñado en el cuarto de baño— o, lo que es peor, terminan mal, en el sentido de que sus autores intentan dar a las situaciones que narran una solución genérica, ya fantástica, ya realista, que se adhiere a una convención y arruina sus textos, cuyo mérito principal era salirse, al menos parcialmente, de lo convencional y ya visto. Sabes también que, incluso si les dieras el premio, lo más probable es que sus autores se lo gastaran en móviles o en un coche usado o en ropa, en algo superfluo y que tapase la cicatriz, una tirita sobre el muñón abierto.

Unos dos o tres días después estás leyendo los últimos cuentos y tienes ya hecha una selección de seis relatos infantiles —los únicos que la mayor parte del tiempo no tratan a sus lectores

de imbéciles y tienen al menos algo que ver con la vida cotidiana de un niño español— y unos tres para adultos, incluyendo el apócrifo chino, el relato de un hombre que dice haber sido expropiador de terrenos durante la década de 1980 y cuenta un par de anécdotas vividas en ese período —nada extraordinario, pero por lo menos algo que surge de la experiencia y carece de pretensiones— y el del robo de la camiseta. Entonces lees uno de los últimos relatos y resulta el mejor que has leído en décadas.

Al principio no te parece tan bueno porque la lectura de decenas de cuentos malos hace que los unos se confundan con los otros y que tú sólo leas esperando la confirmación de que el relato que lees es tan malo como los anteriores. Sin embargo, a medida que vas leyendo vas quedando prendado y te sucede lo que te sucedía cuando comenzaste a leer —un niño más o menos pobre de un barrio más o menos pobre de una ciudad cualquiera— y que hacía tiempo que no te sucedía: sientes que el relato te habla a ti y sólo a ti, que tú eres su único destinatario y que el cuento te coge de los cabellos y te arrastra consigo.

Lees el relato en un estado de arrebatamiento y, cuando el cuento acaba, te quedas mirando al frente sin saber qué pensar. Te preguntas si no te has dejado llevar por el entusiasmo, te preguntas si estás haciendo bien tu trabajo y si no es tu propio deseo de que el cuento sea bueno el que hace que lo sea. Lo vuelves a leer tratando de ser crítico, ves la influencia de Thomas Bernhard y de W.G. Sebald y tal vez de algún otro alemán pero no reconoces ningún plagio, opinas con escepticismo que quizá algunas frases sean demasiado largas y que el autor abusa un poco de las subordinadas, te dices que notas cierta inmadurez del estilo, pero —al mismo tiempo— te das cuenta de que el cuento es realmente muy bueno, que es el mejor cuento que has leído en los últimos diez años —y eso incluye a la literatura escrita por autores profesionales— y que, si algún relato merece ganar el premio, es éste. Te sorprendes pensando que quieres darle el premio porque te has percatado de que el au-

tor es joven y piensas que el premio podría incentivarle a continuar intentándolo y ayudarle en su carrera; tú también has sido joven, tú también has escrito para nadie, en tu habitación, mientras tu hermano cambiaba sin detenerse las emisoras de una radio, sólo por molestar, y tu padre te gritaba desde su habitación que fueras a comprarle pegamento. Tú quieres que sepa que alguien lo ha leído, que no está solo, pero, sobre todo, quieres conocerlo, quieres sacarte la puta espina de no saber quién es.

Una semana más tarde —el entusiasmo no ha remitido— llegas a la ciudad del concurso tras un viaje monótono en tren. Tomas un taxi y el conductor te deja en tu hotel tras una vuelta innecesaria y después de cobrarte un suplemento que no comprendes pero tampoco quieres discutir. En la recepción del hotel que el Ayuntamiento ha reservado para ti y el resto de los miembros del jurado hay un hombre con bigote que parece policía; coge tu documento y lo mira varias veces de un lado y del otro. Un hombre rubio con la piel muy roja le dice que quiere el libro de reclamaciones, que esto es impensable, que es la última vez que deja que le hagan algo así. El conserje se lo entrega sin mirarlo y sigue dándole vueltas a tu documento; finalmente se pone a completar una ficha y tú miras el vestíbulo del hotel —hay un cuadro de Monet que has visto en un hotel exactamente igual, en una ciudad de Extremadura a la que también has ido a fallar un concurso— y al huésped indignado, que acaba de escribir su queja, arroja el bolígrafo con violencia contra el mostrador de la recepción y sale airado por la puerta dejando el libro abierto. Tú le echas una mirada, preguntándote si no tendrás tú también que escribir lo mismo al día siguiente, y te das cuenta de que el hombre sólo ha escrito rayas y unos y puntos a lo largo de toda la página. «Hace eso todas las mañanas», te dice el conserje sin levantar la vista, y tú miras las páginas anteriores: rayas y unos y puntos y algo que parece un cero o una letra «o» a lo largo de páginas y pá-

ginas que observas hasta que te mareas; cierras el libro, coges las llaves y escapas a tu habitación.

Esa tarde, el jurado se reúne en una sala del Ayuntamiento en la que hay un cuadro de Monet –que debe de haber tenido algo que ver con este pueblo, aunque lo dudas– y una mesa de laminado y varios tubos fluorescentes que sueltan un zumbido como de abejas durmiendo. Tú conoces a una de tus colegas del jurado de otro concurso y la saludas con dos besos, a los otros tres les das la mano. «¿Qué tal?», le preguntas a la que conoces. «Bien», te responde. «¿Y tú?» «Bien», dices. «¿Qué te han parecido esta vez?», preguntas. «Bueno...», responde ella. «¿Y a ti?», pregunta. «Bueno...», dices tú. Luego entra una empleada con una bandeja con café y galletas y os quedáis callados.

El debate transcurre de la forma usual; al principio nadie quiere decir nada a la espera de que se establezcan las posiciones y cada uno sepa qué alianzas puede tramar y cómo puede imponer su criterio y así es como lentamente se animan las cosas. Quizá lo único interesante de ser jurado de concursos es que los criterios de premiación son siempre nuevos, e intentar determinarlos es como querer predecir el vuelo de un pájaro. No hay criterios objetivos para determinar el valor de una obra literaria. La literatura es el territorio de las opiniones y las opiniones están sujetas a la persuasión, y de eso se trata el debate.

Pronto os ponéis de acuerdo acerca del premio en la modalidad infantil, que va a «El hada Naturaleza y los amigos del Bosque Caduco en la aventura del Rey Cigüeña contra el diablo Crispín» por su «ameno tratamiento de la cuestión de la preservación del bosque y de sus habitantes» y por su «simpática recreación de la vieja historia del diablo en la botella». Nada que vaya a cambiar el mundo pero probablemente mejor que declararlo desierto, piensas. Cuando llega el momento de decidir el premio para adultos tú prefieres la franqueza y mencionas a tu favorito; dices que crees que es el mejor cuento presentado y es el que debería ganar. La jurado que tú conoces se lleva la mano a la mejilla, como si de repente le doliera

una muela. Otro dice que el relato es un poco inmaduro. «Oraciones muy largas», dice el siguiente, y se ríe. «Surge de la experiencia», dices tú, «es valiente y está bien escrito.» Los tres te miran con desconfianza. «Se asoma al abismo», dices, casi sin aliento. «Se asoma a las fauces del puto abismo de la literatura», murmuras para ti, temblando.

En una votación de tres contra uno gana el relato titulado «Una melodía para un sueño olvidado», cuyo principal mérito —comprendes tras un momento— es que la acción tiene lugar durante las fiestas del santo patrono del pueblo que organiza el concurso y el itinerario del protagonista por las calles del pueblo es riguroso y está bien documentado. Una secretaria trae una caja con las plicas y abre la que corresponde al título del relato. Gran decepción: el autor resulta no ser un escritor local sino uno de Madrid. Un tiempo después leerás el mismo cuento para otro concurso de una localidad leonesa: el autor habrá quitado todas las referencias al pueblo del primer concurso y las habrá reemplazado por referencias al pueblo leonés. Si eso es lo que les gusta, pensarás tú entonces y lo seleccionarás de entre la montaña de papel que yace a tus pies, pero en ese momento no lo sabes, de modo que sólo puedes pedir que en las actas conste que ha sido un fallo dividido. Esa noche, en la proclamación de los premios, el alcalde elogiará el cuento, que no ha leído, y dirá tres veces que ha sido un fallo unánime porque —todo el mundo lo sabe— los fallos divididos dan mal rollo a los alcaldes.

Antes de eso, mientras los jurados firmáis el acta y os dais la enhorabuena, tú piensas en el relato que te ha gustado y lamentas no haber conseguido que ganara pero sobre todo lamentas no poder conocer nunca al autor, sobre el que has pensado tantas veces ya en los últimos tiempos que te parece un amigo, alguien cuyo rostro se pierde para siempre detrás de una puerta que una persona que no eres tú cierra definitivamente. Piensas en los escritores que hubieras deseado conocer, en los autores que admiraste de adolescente y que aún, secretamente, admiras; piensas en Verne y en Hesse y en Kafka y, por un mo-

mento, sientes la misma impotencia que sentiste de adolescente cuando te enteraste de que esos escritores estaban muertos y que tú jamás los conocerías ni retomarías con ellos la conversación que ellos y tú habíais mantenido mientras los leías y que constituye todo el asunto de la literatura, su milagro y su condenación. Te preguntas qué te dirían si pidieras abrir la plica del relato que te ha gustado, pero no sabes si eso se puede hacer y temes que lo consideren una falta de profesionalidad, temes que alguien del jurado o de la organización crea que estás planeando algo y se niegue a dártelo; te imaginas el rumor corriendo como pólvora por el resto de los Ayuntamientos: «X sonsaca la información de los participantes». Piensas que no puedes hacerlo, sientes hambre y sueño y pena y alguien te dice que ahora tenéis que bajar a la sala de actos para la proclamación de los ganadores, que el alcalde ya está allí, esperando.

Comienzas a bajar las escaleras con los otros pero hay algo que te impide avanzar y te tira hacia atrás, de regreso a la sala, como si hubieras pisado goma de mascar. Sientes calor y luego frío. Dices que te has olvidado una carpeta y que ya regresas y subes corriendo las escaleras. En la sala está la caja con las plicas, que la secretaria ha dejado sobre la mesa. Buscas entre los sobres el del relato que te ha gustado. Tus dedos se mueven como arañas adolescentes. Lo encuentras. Te lo metes en el bolsillo y coges cualquier cosa que pueda pasar por la carpeta. Sales corriendo escaleras abajo, con el corazón desbocado. Esa noche, en el hotel, descubres que lo que has cogido para hacer pasar por la carpeta es un ejemplar de «Una melodía para un sueño olvidado» y lo echas a la papelera y abres el sobre. Hay un nombre y una dirección y el código postal de una ciudad que tú no conoces, a la que tú nunca has ido.

No regresas a tu ciudad. En la estación de trenes no consigues que te cambien tu billete de regreso —«Esto es España», te dice el empleado como si cambiar billetes fuera una actividad ex-

tranjera y tú piensas: «Sí, y su único problema es que está llena de españoles» y, al final, acabas comprando uno a la ciudad que ponía en el sobre. Le preguntas a la persona detrás de ti adónde viaja. El hombre dice el nombre de tu ciudad y tú le aprietas tu billete en la mano y le deseas buen viaje; al irte, te das cuenta de que al hombre le falta un brazo, un niño de unos once o doce años le acompaña y, como el pasillo donde os encontráis es estrecho y se pega contra él, el niño parece, de espaldas, un brazo monstruoso e independiente.

El viaje es largo, tú no tienes nada para leer y te duermes. Sueñas que al huésped descontento del hotel le faltan los brazos y te pide que escribas por él en el libro de quejas. Tú le dices que no conoces su idioma, que vas a hacerte un lío con las rayas y los puntos y eso que se parece a ceros o a letras «o» pero él te dice que no te preocupes, que le preguntes a su hijo, que es el que sabe y señala con la cabeza en dirección al niño de la estación, que lee un libro. Tú te acercas y le preguntas: «¿Qué lees?», y el niño dice: «Una obra que destaca por su ameno tratamiento de la cuestión de la preservación del bosque y de sus habitantes. La literatura sin valores no es literatura», agrega, y cuando levanta la vista del libro ves que tiene el rostro de un anciano. Naturalmente, gritas.

Llegas a tu destino y te montas en un taxi. Te dices que si algún día quisieras escribir sobre todo esto tendrías que tomar notas sobre las calles por las que pasas para ganar algún concurso, pero el taxi va demasiado deprisa y tú, en realidad, no crees en los certámenes literarios. Después de dar una vuelta innecesaria y tras cobrarte un suplemento que no comprendes pero tampoco esta vez quieres discutir, el taxista se detiene frente a un edificio con decenas de ventanas minúsculas: unos contenedores de basura volcados sobre la calle impiden que pueda dejarte junto al bordillo de la acera. El taxista se disculpa

pero no suena muy convincente. Tú le pagas y abres la puerta. Fuera del taxi hace calor, pero hay una brisa que parece venir de algún sitio –tal vez el norte o el sur, un sitio que no puedes determinar porque estás perdido y que en el fondo no te importa– y dirigirse hacia otro, que tampoco conoces ni conocerás. Caminas lentamente hacia la entrada del edificio mientras te preguntas si estás haciendo lo correcto. ¿Qué tal si el artista cachorro es un gilipollas? ¿Qué tal si el gilipollas eres tú a sus ojos? ¿Qué tal si es un anciano con un pie en la tumba o una mujer fea a la espera de que el príncipe azul de la literatura toque a su puerta o un oficinista que pretende ser un joven escritor mientras espera un ascenso que sólo le llegará con sangre? ¿Qué tal si no funciona?, te preguntas.

Un niño descalzo sale a la puerta y te mira mientras tú observas los botones del telefonillo, que la mugre apenas permite distinguir. «¿A quién buscas?», te pregunta. Se lo dices y el niño te contesta: «Dile que lo estoy buscando» y sale corriendo.

Tú tocas un timbre que crees el correcto. Después de un largo rato, cuando estás a punto de dejarlo, escuchas una voz, tal vez de mujer o tal vez no, que dice: «¿Qué?». Tú murmuras: «Busco a...», y dices el nombre que está escrito en el papel que tienes entre los dedos. «Suba», responde la voz tal vez femenina o tal vez no y tú te apuras a empujar la puerta pero descubres que ésta siempre ha estado abierta de par en par aunque no lo habías notado. En la oscuridad, ves las escaleras y unos garabatos que alguien ha hecho en las paredes y que no puedes leer. Miras hacia afuera un momento más, miras el cielo y te das cuenta de que es un día perfecto, un jodido día perfecto sobre la Tierra. Entonces empiezas a subir las escaleras.